

ra darla á los cosecheros, con las convenientes instrucciones, y premiar al que más se distinga por su esmero en la crianza. Esto sería fácil hacerlo, si en el ministerio de Fomento se iniciara una corriente decisiva y favorable para levantar tan decaída industria de la postración en que yace.

Los ensayos de esa calidad de simiento, pueden dar magníficos resultados en España; ya lo han dado, según queda demostrado con los datos que en el presente capítulo consignamos.

Sería un auxilio poderoso para el cosechero y un estímulo irresistible para plantar moreras, saber que estas producían dos cosechas y que los productos actuales se aumentaban con un 70 por 100. Entonces sería la sericultura uno de los mejores negocios de España y un auxilio grande para nuestra abatida clase labradora.

Y no se diga que por razón de economías no se pueden incluir gastos en el presupuesto nacional. Con el 10 por 100 de lo que se gasta inútilmente en los ministerios y con la mitad de lo que despilfarran las corporaciones populares se redimía la sericultura española.

Lo que se necesita es una voluntad decidida en el ministerio de Fomento: un hombre público de importancia y de significación que acometa con empeño la empresa; que sienta por sí toda su grandeza ó importancia y que se decida á no dejarse vencer ante las primeras dificultades que se presenten.

Las corporaciones populares con poco que hicieran harían bastante, porque la suma de muchos pequeños esfuerzos ofrece una resultante consoladora.

Nuestros hombres públicos—doloroso es confesarlo—no se ocupan para nada de estas importantes cuestiones que tanto afectan al interés nacional. Engolfados en una política de egoísmo, pasan la vida entera en contiendas infelices y abandonan por completo los asuntos más trascendentales del país, á cuyo servicio debían consagrarse si realmente aspiran á una legítima popularidad.

En España puede regenerarse la sericultura; hay medios positivos y seguros para ello y ya lo demostraremos más adelante.